

GRAFICAS PARA ADULTOS

Pascaline

ALBUM GRAFICO DE MASOQUISMO



ESPECIAL
STAR BOOKS

I

Pascaline recuerda lo que fue su vida...

Su infancia feliz, sus juegos en la grande residencia paterna, sus correrías por el jardín... El césped era lo único que le estaba prohibido. Su padre dedicaba largas horas a esta verde extensión. Sin descanso, la regaba, la inspeccionaba, la cortaba, la cubría con abonos. Los domingos resultaban tranquilos y algo aburridos. Su padre se ocupaba del césped, y su madre se citaba con el vendedor de artículos de jardinería. A pesar de su corta edad, la pequeña Pascaline sospechaba que esta armonía familiar no era casual. Su papá sabía desde luego que su mamá se acostaba con el vendedor, pero como este le hacía una sustancial rebaja sobre lo que le vendía, todo iba sobre ruedas.



¿Quién habría podido prever el trágico suceso que aconteció un domingo de primavera, a la caída de la tarde? Nadie, seguramente. Y sin embargo, este episodio tendría una importancia capital en el destino de nuestra rubia heroína.

Como cada domingo, la mamá de Pascaline regresaba de casa del vendedor. Se la veía contenta e incluso daba vueltas sobre sí misma por la alameda del jardín. Detrás de las cortinas del salón, el padre de Pascaline observaba a su mujer.

Fue entonces cuando aconteció el drama. La mamá de Pascaline parecía haberse vuelto loca, sin duda alguna, ya que empezó a saltar sobre el sagrado césped, y sobre él, bailó, saltó, hundiendo a cada paso sus altos tacones puntiagudos en la tierra recién regada. Escandalizado por la conducta de su esposa, el papá de Pascaline se precipitó fuera de la casa y abalanzándose sobre su mujer le arrancó rabiosamente los tacones delictivos. Luego, decidió castigar a su esposa por el sacrilegio que acababa de cometer. Y la sangre de la mamá de Pascaline regó el mismo césped que ella poco antes había lastimado. Este espectáculo impresionó vivamente a nuestra pequeña heroína.

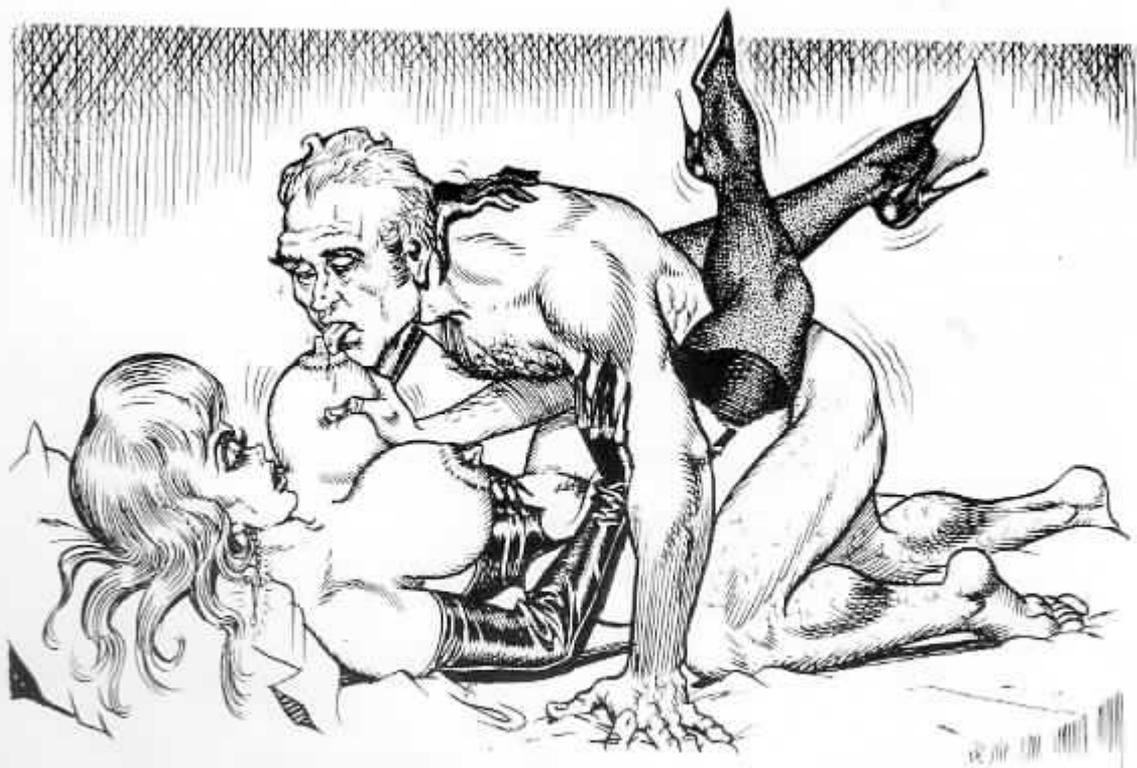
Desde que Pascaline llegó al correccional, la directora hacía lo imposible por atormentarla, no sólo para darle a entender que estaba allí para ser castigada, sino también, para enseñarle claramente que perdía el tiempo intentando seducir a Hector Broutleuf.

Para que sintiera celos, la directora le hizo presenciar sus escarceos lascivos con Micheline, una pensionista que estaba a punto de abandonar el establecimiento. Luego, la confió a ésta a fin de que aprendiera a su lado el severo reglamento que imperaba en aquella casa.

Micheline llevó a cabo esta tarea con seriedad, pero sin maldad. Tampoco parecía demasiado entusiasmada con su inminente marcha, como suponía Pascaline.



—Verás, le dijo ella, la vida aquí no es tan desagradable... O al menos, era agradable cuando yo llegué. Monsieur Hector Broutleuf sonreía siempre y nos colmaba de detalles. Incluso, cuando nos mandaba al calabozo, acudía allí a distraernos... Pero luego vino esta Augustine, parece que para ayudarlo en sus tareas... De hecho, enseguida quiso regentar la casa y a su director. No sé cómo se lo hizo, pero consiguió ligárselo en pocos meses, hasta el extremo de hacerlo casar con ella. Entonces él se puso a imitarla, se volvió malo y cruel... Lo más triste es que no parece feliz desde que ella está aquí: envejece rápidamente, echa barriga... Después de todo, no lamento demasiado largarme de aquí... No sé exactamente lo que te espera en esta casa, Pascaline; temo que la buena época ya haya pasado... Así pues, tendrás que acostumbrarte: ve a buscarme el látigo, ¡que te voy a zurrar el culo!





8

El deshonor de Augustine Broutleuf se completó el día en que el azar le hizo enfrentarse a Philéas.

Este andaba castigando a Pascaline cuando la directora tuvo la idea de ir a echarle una mano. Mal que le pesó, pues los peligrosos instrumentos de corrección se dirigieron pronto hacia la otra torturadora en lugar de hacia su común víctima. Y Augustine no estaba capacitada para enfrentarse contra el poderoso Philéas.

A partir de aquel día, éste tomó particular gusto en torturar a Augustine, cuando su marido no estaba presente. Por otra parte, el director estaba al corriente de sus iniciativas, pero no juzgaba conveniente intervenir más que para acrecentar el calvario de su esposa.

Durante algunas semanas, Pascaline pudo gozar de un buen merecido reposo. En efecto, el director y Philéas

se ensañaron con Augustine y ninguno de sus tres verdugos se preocupó más de ella.

Desde la llegada de Philéas al correccional, éste decayó mucho. No había ingresado ninguna otra chica desde que Pascaline había cruzado su umbral. Por el contrario, eran muchas las pensionistas que se fueron, sin que esto hubiera dado lugar a la pequeña fiesta tradicional. Se decía incluso, que algunas chicas habían conseguido huir, aunque el director pretendía que habían sido trasladadas a otro establecimiento.

Si, como lo había sugerido Micheline, las ambiciones de la nueva directora se cifraban en llegar a ser la dueña absoluta del lugar, la intervención de Philéas señalaba el fin de sus aspiraciones así como el principio de sus sufrimientos.







14

De ahora en adelante cómplices, la rubia y la morena continuaron su viaje. Su alianza era tan profunda que incluso pensaron en comprar una isla en el mar Egeo; poniéndose en contacto con un promotor.

Pero como todos sabemos, esta región es el centro de las fuertes rivalidades que existen entre las grandes potencias. Pronto recibieron pues una extraña visita.

—Mi nombre es Lien, Jacques Lien. Me dedico al contra-espionaje, afirmó el tipo alargándoles un escrito.

Escrupulosa, Pascaline examinó el documento. Estaba escrito en lengua extranjera, pero nuestra heroína presintió que era falso.

Para poner a prueba al hombre, Pascaline lo sorprendió con la ayuda de un látigo que hasta entonces había escondido detrás de su espalda. El hombre intentó defenderse utilizando una técnica de combate extremadamente oriental. ¿Pero qué podía hacer contra nuestras dos espléndidas furias?

En efecto, Augustine echó una mano a Pascaline, y las dos se ensañaron contra el individuo. Este se tambaleó, cayó, se arrastró, intentado escaparse. De un salto, Pascaline cerró la puerta. Jacques Lien había intentado ver lo que pasaba al otro lado, traicionando así su verdadera profesión: era un espía, y no un doble-agente como él pretendía. Solamente un espía podría tener el reflejo de mirar por la abertura de una puerta en unas circunstancias tan penibles...

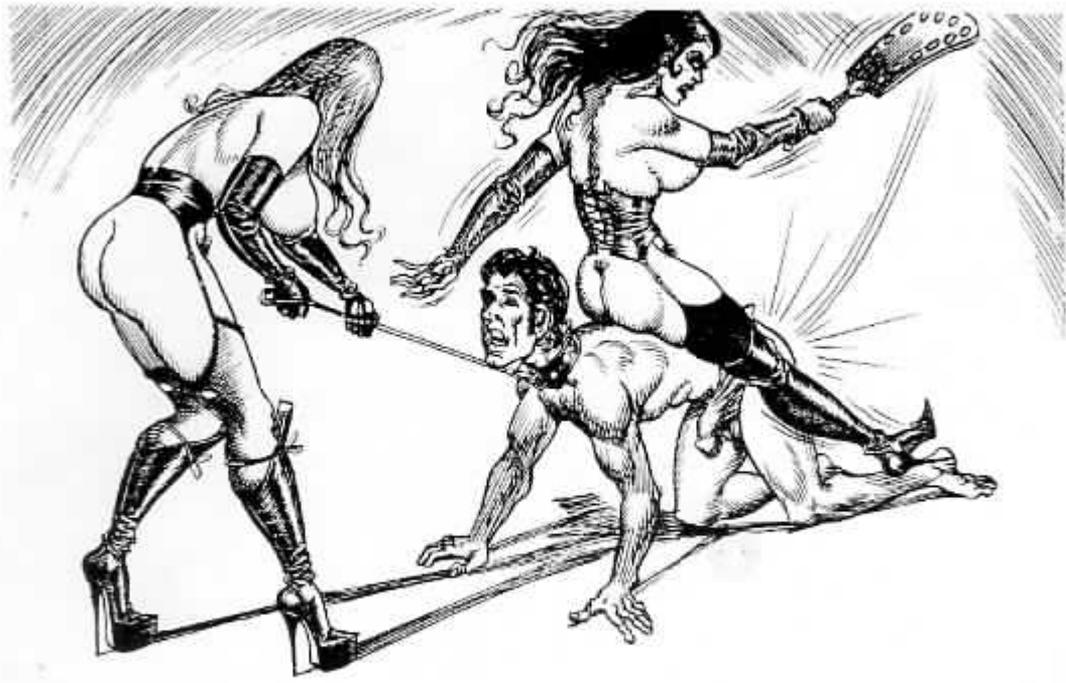
Después de que lo hubieran reducido a su gusto, Pascaline señaló con gran acierto que era la hora de tomar el té. Jacques Lien se excusó cortésmente alegando que esta bebida lo ponía muy nervioso.

—¿No tendrías chocolate? preguntó él.

—¡Naturalmente! respondió la rubia Pascaline como una buena anfitriona.

Entonces todos se acomodaron lo mejor posible a fin de disfrutar de aquella frugal merienda.





Habiéndose quedado sola con el cirujano, que se llamaba Helmut, Pascaline se apresuró en completar el ciclo de experiencias que se había prometido realizar antes de ponerse en busca de víctimas, especialmente escogidas.

Si estaba comprobada su utilidad para transmitir sus conocimientos médicos, Helmut en cambio era un mal esclavo. Pero ni pensar en buscar otro mejor. Ahora que Augustine ya no estaba allí para distraerla, ahora que sobre todo, Jacques Lien la había traicionado, ella sólo pensaba en su proyecto. Muy pronto regresaría a la casa de Hector Broutleuf, aquella propiedad aislada, amueblada profusamente con todos los aparatos de tortura que se puedan imaginar, conteniendo bastantes celdas y calabozos para encerrar más hombres de los que podía utilizar...

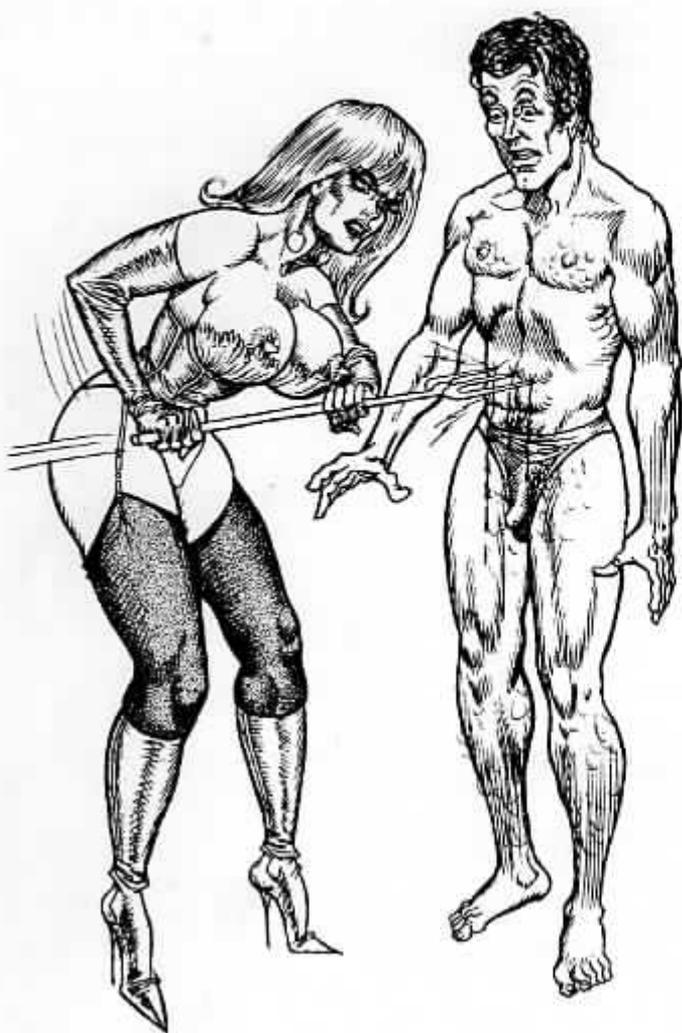
Pero Pascaline quería que su regreso fuera triunfal y que no hubiera la menor posibilidad de fracaso. Y para esto, tenía que llegar con Helmut, a falta de Jacques Lien, tan lejos como fuera posible. Ciertas de sus expe-



riencias fracasaron por la falta de virilidad de su paciente, pero, en eso también tenía que conformarse.

Sólo quedaba un problema. ¿Qué iba a hacer con él cuando abandonara las montañas? La mejor solución era hacerle correr la misma suerte que el infortunado Jacques Lien, el espía infiel... El hielo conservaba los cuerpos: qué sorpresa para los niños que descubrirían los dos travestís, ¡puede que dentro de millares de años, estrechamente abrazados el uno al otro, en la inmovilidad helada! Quizás sería una niña la que los descubriría... He aquí una hipótesis que hubiera agradado a su psicoanalista.

Pero Pascaline no tuvo tiempo de enternecerse sobre su infancia, ni de divertirse imaginando un futuro lejano... Por otra parte, Helmut murió desgraciadamente cuando ella le lavaba el cráneo: que el lector nos perdone esta ligera anticipación, pero era necesaria para la sorpresa de la página siguiente.



24

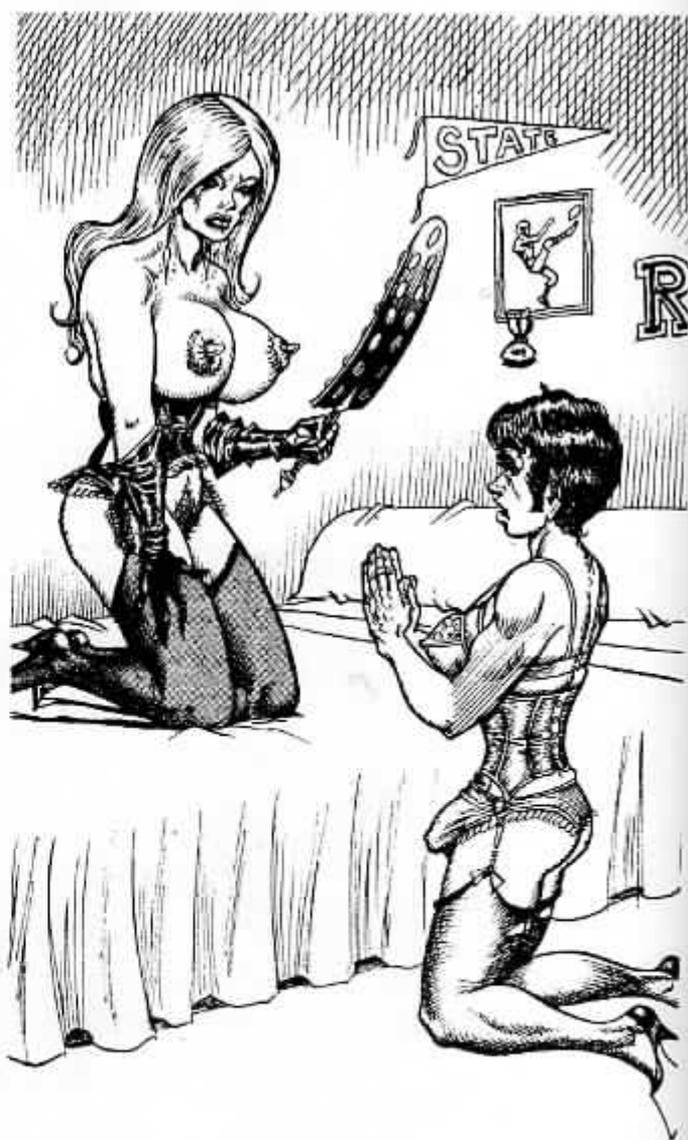
Pascaline no había gozado jamás de los placeres de la infancia. Cuando era pequeña, había tenido que soportar a los adultos, careciendo de camaradas de su edad. Únicamente las pensionistas del difunto Hector Brout-leuf hubieran podido ser amigas suyas, pero Micheline se había ido poco después de su llegada, y la tan particular atención que le había reservado la directora, le había privado de un verdadero contacto con las otras detenidas.

Victorien fue pues, el primer niño que descubriría Pascaline y realmente se divirtió mucho con él. Cuando lo tuvo suficientemente atolondrado por sus encantos, quedando éste convencido de la inutilidad de toda resistencia, se ocupó de él con un amor casi maternal que no excluía sin embargo una justa severidad.

De este modo ella lo acostumbró a decir una oración cada noche, una oración muy especial destinada a cantar las alabanzas de Pascaline-la-de-los-labios-tan-dulces. Después seguía el baño, al que ella dispensaba una atención especial, aprovechando lo que había aprendido del lastimoso incidente que costó la vida a aquel sucio de Helmut.

Después de haber comprobado que estuviera limpio de todas partes, lo secaba amorosamente, es decir según su concepción del amor, para meterlo luego en la cama y aprovechar el estado en que estas diferentes operaciones habían puesto al joven.

A fin de no perder ni una sola ocasión de seguir su instrucción, al mismo tiempo le enseñaba el encanto de sus altos tacones, lo que prueba hasta qué punto ella había conseguido superar sus propias obsesiones, a menos que esto no fuera una manera inconsciente de vengar a su pobre madre, hipótesis que pondría en duda la eficacia del tratamiento al que la había sometido su psicoanalista... En cualquier caso, Victorien, apreciaba mucho los cuidados de su nueva mamá.



Sin embargo, el placer que experimentaba Pascaline en educar al hijo de Philéas no era más que un ensayo general de la obra que se prometía realizar en un futuro muy próximo: descubrir y escoger libremente a sus víctimas para dominarlas a su antojo. Este proyecto que había quedado interrumpido después del episodio de la montaña, fue ultimado gracias a Victorien.

Pascaline buscaba la felicidad, como todo el mundo, y ahora que disponía de una gran propiedad, enteramente equipada para dominar a los hombres, comprendía que la mayor victoria que podía obtener no consistía en recorrer el mundo a la busca de víctimas susceptibles de llenar los calabozos de una prisión abandonada... Su sueño, su ideal, era descubrir una víctima, una sola, una víctima perfecta, de la que ella se haría hacer un hijo. Y este hijo sería un varón, que ella misma educaría desde la cuna, que modelaría a su antojo, de una manera aún más



absoluta que la que observaba con Victorien, de una manera más totalitaria aún que la que le serviría para dominar al padre de este niño...

Sí, esta era la gran obra a la que Pascaline quería consagrar su vida, y dicho proyecto era el fin de todos los proyectos que había formulado anteriormente. A veces, al fustigar a Victorien, se interrumpía un momento, sonriente, soñadora.

Ciertamente, el chiquillo le daba algunas satisfacciones y revivía con él todas sus experiencias pasadas... La primera taza de chocolate con Jacques Lien, el juego del potro con Augustine, a su regreso de la comisaría, el día en que había fustigado al espía recién salido de su prisión de nieve... Sí, Victorien era moldeable y dócil, pero su hijo aún lo sería más...

— ¡Toma, esto es por el día en que tu padre abusó de mi virginidad rectal!





30

Cuando estuvo segura de estar embarazada, Pascaline se preguntó qué iba a hacer con Alexandre.

Ciertamente, el hombre de su vida era susceptible de aportarle aún numerosas satisfacciones, pero el nacimiento de su hijo iba a convertir muy pronto su presencia inútil. Pascaline examinó entonces la situación con sangre fría. En primer lugar, debía conservarlo hasta que hubiera puesto al mundo el retoño que tanto deseaba. Ignoraba lo que ella haría si su hijo se revelaba del sexo femenino; presuntamente tendría que encontrar un medio para desembarazarse de él. Pero en la hipótesis de que tuviera un hijo varón, aunque la presencia del padre podía resultar a veces una carga, estimó que de vez en cuando apreciaría la distracción que Alexandre podía siempre aportarle, esperando el día, en que, al fin, su hijo, Napoléon Hautbois, estaría capacitado para procurarle todas las satisfacciones que una madre tiene derecho de esperar su progenitura.

Pascaline conservó, pues, a Alexandre cerca de ella. Es decir, que lo envió a un calabozo del cual no lo sacaba más que para hacerle respirar un poco de aire, y para obtener de él algunos servicios voluptuosos.

El asco progresivo que había desarrollado hacia su persona se atenuó, sin embargo poco a poco, en el transcurso de las semanas y de los meses. Después de todo, la compañía del antiguo representante de comercio valía tanto o incluso mucho más, la de los otros hombres que había conocido. Alexandre le testimonió pronto un afecto sin límites, y no le causó nunca la más mínima molestia.

Finalmente nació el niño. Un magnífico chico, sólido y bien constituido, que sería la arcilla prometida que nuestra heroína iba al fin poder modelar según sus concepciones más osadas. Cuando Napoleón tenía dos años, ya que su supervivencia parecía asegurada, Pascaline cogió un mazo y destruyó los órganos, de ahora en adelante inútiles, del hombre que lo había fecundado.





31

con el tiempo, me agradó que fuera a trabajar. Por otra parte, esto al tiempo que le hace un bien nos permite vivir...

Napoleón mira a su madre sin osar decir palabra. Sabe que no debe hablar sin permiso, y sobre todo, sin arrodillarse ni besar la punta de los zapatos que cada noche él chupa con delicia, antes de dormirse. Y sin embargo, su mirada contiene un mudo interrogante:

“¿En qué piensa, Mamá?”

Y Pascaline piensa: “Creo que voy a plantar césped...”

Con emoción, Pascaline se acuerda de lo que fue su existencia, y esta evocación le hace creer por un instante que aún oye el prolongado grito de dolor de Alexandre Hautbois cuando ella le castró, un grito modulado y estridente que resonó durante mucho tiempo en los pasillos de los calabozos.

Hoy, Pascaline es una mujer madura, feliz y satisfecha por un hijo docil y amante y al que ella ama de un amor sin igual.

Con qué devoción materna ella maquilla los labios de su hijo, que no adorna bigote alguno. A sus catorce años

—exactamente— ella le ha preparado con amor las ropas apropiadas, acumulando moneda tras moneda le ha comprado la más fina ropa interior, ayudada en parte por los ingresos que aporta Alexandre, que ha reemprendido su antiguo trabajo...

Lo que es más extraño, se dice, acariciando la barbilla de su hijo, es este estúpido cariño que he llegado a sentir por tu padre... Estaba a punto de desembarazarme de él, cuando tú tan sólo contabas con dos o tres años, pero le tomé afecto, tomé gusto en visitarle por las noches en las que él chillaba demasiado fuerte en el sótano... Una vez, lo trasladé al ala izquierda para dormir tranquila: pues bien, aunque pueda parecer idiota, no pude conciliar el sueño, echaba en falta sus gritos... Naturalmente

fin

